

---

## No puedes perderte en Ciudad del Cabo

Zöe Wicomb

**E**n mi mano derecha, en el fondo de mi bolso, apretujo un monedero de piel marrón. Mis nudillos pasan y repasan, frotando el forro... sin duda fieltro... y me sorprendo de que no me haya dado cuenta antes del material del que está hecho puesto que he usado este bolso durante meses. Con un ademán despreciativo, él habría dicho: "Fieltro, eso es con lo que está forrado este bolso".

Entonces, Michael habría afirmado, "Parece barato, repugnante" y bajando la voz ante mi mirada sorprendida, "¿No te das cuenta?" Pero hablaba del exterior, de cómo se ve.

El monedero cabe perfectamente en la palma de mi mano. Un monedero de hombre. El bolso se abre. Lo aprieto con mi codo contra mi muslo, pero eso no desviará sospechas. El autobús se mueve rápido, demasiado rápido, seguramente supera el límite de velocidad, de manera que reboto en mi asiento y aprieto aún más el monedero mientras que los resortes me chupan el vientre, sorbiéndolo hacia abajo a través de la tela del tapizado rojo. Aprieto mis nalgas contra el asiento para aliviar esa incomodidad.

Debería ir contando el dinero del boleto para el supervisor. Quizá no; todavía está en la parte delantera del autobús. Ahora estamos pasando por Rondebosch, así que está totalmente ocupado con los pasajeros blancos de adelante. Las mujeres inclinan sus cabezas con matizador azul y seguirán contando sus historias mientras buscan sin prisas las monedas y sólo alargarán una vocal cuando paguen sus boletos.

"No te pongas nerviosa", dijo Michael. "Todo irá bien". Le retiré la mano que él trataba de palmear.

Siempre he sido nerviosa y las cosas no van bien; quizá no vayan bien nunca más. No debo llorar. Mis ojos viajan de aquí para allá por las ranuras del suelo. No miro las caras a mi alrededor, pero tengo la impresión de que están erguidas con gesto inquisitivo. ¿Estará alguien construyendo una historia a partir de esta mano que descansa tonta-

mente en un bolso que no cesa de abrirse? ¿Esperan estas caras que saque de repente un muñón amputado chorreando sangre? ¿Se espantan al pensar en una mano, fría, de cera, abandonada en la acera donde la cortaron? Saco mi mano del bolso y sacudo mis dedos de manera visible. ¿Para qué propiciar conjeturas, atraer la atención? El autobús frena ruidosamente y anula el suspiro que despierta en los pasajeros mi mano expuesta.

Dos mujeres jadean como perros al balancearse para subir al autobús. El supervisor ya ha tocado la campana y ellas mueven sus cuerpos con destreza a lo largo del movedizo pasillo. Caen en unos asientos frente a mí —una gorda, la otra delgada— a la vez que se quitan las cofias almidonadas de sirvientas, haciéndolas crujir contra sus regazos. Encienden dos cigarrillos y yo me muerdo los labios. ¿Tendré que vomitar dentro de este bolso con su forro de fieltro? Ojalá hubiera traído una bolsa de plástico; este bolso está vacío excepto por el monedero. Respiro hondo para cortar la náusea que me sube a causa de las ondulantes cintas de humo y miro fijamente las abultadas bolsas que las mujeres aprietan entre sus pies. No hacen ningún ademán de preparar el dinero para los boletos; desconocen, sin duda, las intenciones del supervisor. Él sabe que ellas bajarán en Mowbray para tomar los autobuses del Golden Arrow hacia las *townships*.<sup>1</sup> No les permitirá dejar de pagar; no él, que toca un botón con semejante rapidez.

Lo miro en la parte de adelante del autobús. Con su pulgar derecho, toca distraídamente un campanilleo impaciente sobre las palancas plateadas, la bolsa de cuero se balancea en su mano, en la que se agitan las monedas. Canta muy bajo para acompañar el entrechocar de monedas, un recitado de la moneda recientemente cambiada al sistema decimal. Esto me recuerda los horarios en la escuela y veo cómo los dedos se ablandan, doblándose de manera infantil cuando tocan un ábaco manchado de tinta; un niño aprendiendo a contar, inclinándose sobre el pupitre con gesto serio y cejas levantadas. Y encuentro esa imagen indeciblemente triste y las lágrimas están a punto de derramarse cuando escucho de un joven blanco y somnoliento un entrechocar vacío e impaciente de pulgares jugando con el aparato de las monedas mientras

---

<sup>1</sup> Zonas urbanas negras impuestas por el *apartheid*.

urge: "Todos los boletos, por favor". Mi mano vuela hacia el fondo de mi bolso una vez más y saco el monedero. Un monedero masculino de piel.

Michael también es infantil. El pelo le cae sobre los ojos con un flequillo rubio y lacio. Cuando está pensando en una respuesta, se lo retira de los ojos con ademán impaciente, como si el pelo le impidiera pensar. No puedo imaginarme cómo este monedero ha podido pertenecerle. Es pequeño, con forma de U y desprovisto de adornos, es decir un monedero de hombre. Tiene una lengüeta que podría plegarse en el ojal o enhebrarse con la cinta angosta que cruza la base de la U. Saco el boleto más pequeño apretujado en este hinchado monedero, un boleto de cinco rands. ¿Cómo no pensé en el boleto de autobús? El supervisor se enojará si mi boleto lo despoja de su provisión de monedas, aunque el bolso de piel debe tener un bolsillo secreto para boletos. Pero este pensamiento no me consuela. Me enfurezco con Michael. Probablemente nunca ha viajado en autobús. ¿Cómo podría conocer el miedo de perder una parada desconocida, el miedo a hacer esperar a un supervisor impaciente, el miedo de decir con fluidez: "Diecisiete céntimos, por favor" cuando no estás seguro del boleto y sacas un boleto de cinco rands? Pero es mi viaje y no debo esperar que Michael asuma la responsabilidad de todo. O mejor dicho, no puedo esperar que Michael asuma la responsabilidad de más de la mitad de las cosas. Michael es escrupuloso respecto de esta división; yo no siempre estoy segura de cómo llegar a la mitad. Nunca fui buena en matemáticas, especialmente estas matemáticas mentales instantáneas que me asaltan en este momento.

Qué tonta debo parecer sentada aquí apretujando mi boleto de cinco rands. Lo vuelvo a deslizar dentro del monedero y me giro hacia la solidez de las mujeres que fuman. Todavía no han hecho ademán de pagar sus boletos. El autobús va muy rápido y me sorprende que no hayamos llegado todavía a Mowbray. Quizá estoy equivocada, quizá ya hayamos pasado Mowbray y estas mujeres vayan a Sea Point para trabajar en el turno nocturno del Pavillion.

Marge, la hija mayor de tía Trudie, trabaja de camarera en el Pavillion pero se la menciona muy raramente en nuestra familia. "Una desgracia", dicen. "Debería hacer mejores cosas que andar con blancos".

"Pobres blancos", dice tía Trudie con voz sibilante. "Ella no puede ni siquiera encontrar un buen hombre rico con quien salir de forma estable. Una chica tan bonita. No la recibiré en esta casa si vuelve. No

hay lugar en esta casa para una chica que ha sido usada por basura blanca”.

Los ojos de tía Trudie relampaguean mientras imagina una idílica visión de un joven rubio sentado en su nuevo sofá de vinílico a quien sirve un refresco y *koeksister*,<sup>2</sup> porque no va contra la ley tener una bebida decente en un hogar mestizo. “Señora Holman”, diría él, “Señora Holman, éste es el mejor refresco que he tomado en muchos años”.

La familia no sabe de Michael aunque él es un joven serio que aguantaría hasta el final una tarde de domingo semejante con una gracia infinita. Me espanta pensar en papá poco seguro en un traje y el no disimulado placer respecto de la exitosa carrera académica de Michael.

Quizá esto sea Mowbray. El edificio que pasa raudo a la derecha me parece conocido. Debería conocerlo pero me he perdido irremediablemente. Y mientras mi mente busca desesperada reconocer el lugar, siento un ligero aleteo en mi vientre tan sutil que no estoy segura. Y otra vez, tan suave, el roce de una mariposa y, cubriéndome con el bolso, extendiendo mi mano izquierda para sujetarme el estómago. El haz de luz que cae en mi espalda, viajando esta ruta conmigo, es el ojo de Dios. Dios nunca me perdonará.

Debo anclar mi mente en las palabras de las mujeres en el asiento largo en frente mío. Pero se quedan calladas como si quisieran proteger sus secretos de mí. Una de ellas se inclina pesadamente, aferrándose a las mandíbulas de su bolsa de la compra como si quisiera aliviar alguna presión sobre su columna y yo me resigno al dolor de la mía, balanceándome de forma suave mientras protejo mi estómago con mis dos manos. Pero al mirar con atención el contenido de su bolsa, su mano se vuelve el pico de un pájaro que se sumerge con firmeza en la esquina izquierda y se eleva triunfal con una bolsa de papel marrón en el que la grasa ha dejado dibujos traslúcidos. Hay tres trozos de pollo cocido en un papel a prueba de grasa. Con gran destreza, corta en mitades un pedazo y se lo pasa a su delgada amiga. Las mujeres mastican en silencio, sus bocas brillantes de placer.

“Éstos son para los niños”, dice, con la boca todavía llena, mientras envuelve el resto y lo coloca descuidadamente en la parte superior de la bolsa.

---

<sup>2</sup> Buñuelos.

“Es la receta de pollo con especias que me comentaste”, le da un codazo a su amiga. “¡Lekker hey!”<sup>3</sup>

La amiga frunce el ceño y dice: “Me gusta sentir un poco más de cardamomo. Me gusta encontrar un cardamomo entero en la comida y apretarlo entre los dientes. Una semilla de cardamomo nunca da todo su sabor en la cacerola. Todavía encuentras ese sabor al chuparla”.

Noto los huecos en sus dientes y me temo que las semillas de cardamomo se deslicen por ellos. Las chicas de mi escuela a las que les habían extraído los dos incisivos superiores por una moda que hizo furor en Ciudad del Cabo decían que era mejor para besar. Entonces yo, gorda e inocente, asentía. ¿Cómo podía haber conocido las exigencias de un beso?

La mujer robusta rehúsa sentirse frustrada por la crítica de su cocina. El pollo estimula una historia, así que ella se retuerce con un deseo irreprímible de contar.

“Pensar”, explota finalmente, “que les cocino esta bonita sorpresa y digas lo que digas, el pollo con especias puede hacerle agua la boca a cualquiera. Imagínate, ayer le dije mientras ella estaba de pie con las manos en las caderas al lado de la estufa diciendo: ‘No sé qué darles hoy, sencillamente tengo demasiadas cosas que organizar como para preocuparme por la comida’. Y, yo le digo, sintiendo pena por ella, le digo: ‘No se preocupe para nada, Señora, déjalo todo en las manos de cocinera (no sería bonito trabajar para gente realmente importante donde una cocinara y no hiciera nada más, nada de joderme fregando, haciendo la compra y todo eso...) en las manos de cocinera’, dije, y ella grazna alegre antes de recitar: ‘Y yo prepararé una sorpresa / Para los ojos azules del señor Georgie’”.

“Ese es el joven de la señorita Lucy. Tenía que venir anoche. Comprometido, sabes. Bien, ahí estuve de pie todo el día almidonando la ropa, haciendo *roeties*<sup>4</sup> y lentejas con especias y batata y todas las cosas *lekker* que se comen con el pollo con cardamomo. ¿Y qué piensas que dijo ella?”

Hace una pausa y levanta su cara esperando una respuesta pero la otra mira sombríamente al frente. Sin darse por vencida, continúa, “Me

<sup>3</sup> Fenomenal. Expresión de origen holandés que significa “dulce”.

<sup>4</sup> Pan ácimo indio.

dice, 'Tiena' porque no puede mantenerse lejos de mis cacerolas, sabes, siempre destapando las ollas y olfateando como un *brakhond*, dice, 'Tiena' y espera que yo le diga, 'Sí, señora', de manera que sé que tiene un plan malvado bajo la manga y la miro fijo a los ojos. Ella sonríe; ésa siempre sonríe para desconcertarme y dice al abrir la nevera: 'Puedes comer esta rica sopa de frijoles para tu cena y puedes llevarte los restos del pollo mañana, que tienes libre'. Entonces le dije, 'Eso fue lo que almorcé hoy', y ella me dice, 'Sí, lo sé pero la señorita Lucy y yo estaremos solas para la cena de mañana', hace una mueca, 'aj, cómo odio la comida recalentada'. Entonces se encoge de hombros como diciendo: Eso es lo que hay".

"¡Qué descaró, hey! ¡Estuvo muy mal!". Le da un codazo a su amiga. "Sabes bien que la comida sabe mucho mejor al día siguiente, cuando las especias han macerado en la carne y, de todos modos, sólo hay que encender la eléctrica y no hay picado de cebollas ni llanto, simplemente a esperar que la olla baile encima de la hornilla. Por supuesto, ella no sabe eso. De todos modos, una fresca, así es como la llamo, entonces aun antes de disponer el pollo para la mesa, saqué esto", y apunta con aire triunfal a su bolso, "y a la mierda con ellos".

La delgada abre su boca, una vez, dos veces, agitándose para hablar.

"Nunca se dan cuenta, de todos modos. Hay tanta comida en sus despensas, en la nevera y en las mesas; no saben qué hay y qué no hay". La otra la mira con piedad.

"No te creas. Mi señora estaba más enojada que un áspid cuando serví el postre, un helado de albaricoque muy bueno era, pero ella ni siquiera lo miró. Ella sabe que se trataba de un animal grande y sano y al contar las patas, supo lo que había pasado. Lo supo muy bien. Ni siquiera dijo, 'Gracias, Tiena'. No me hablará por varios días pero ¿qué puede hacer?". Su voz se suaviza con auténtica piedad por el dilema de su patrona.

"Tendrá que hablarme", y hace mímica, poniendo una cara seria de caballo. "'Queremos la cena a las siete esta noche', luego, 'Tiena tienes que lavar las cortinas', luego, 'Por favor, Tiena, podrías arreglarme esta cremallera. No tengo absolutamente nada más para ponerme hoy'. Y entonces al tercer día me sonreirá y pensará que me está perdonando al sonreírme".

Se pone seria. "No", suspira, "mientras más tienes, más tienes que estar alerta y contar y verificar porque sabes que no te vas a dar

cuenta o a acordar. No. Si tienes un montón, debes guardar siempre imágenes en tu mente de los interiores de todos los armarios. Y todos los días, click, click, nuevas imágenes de la despensa. Por eso es que ella está tan cansada, siempre pensando, siempre recitando para sí misma las listas de lo que hay en los armarios. Nunca sé exactamente qué hay en mis armarios en casa pero sé que el bastardo ladrón de mi Sammie no puede mantener las manos en sus bolsillos”.

La mujer delgada miraba fuera de la ventana como si ya hubiera escuchado todo eso antes. Ha terminado su pollo mientras la otra, con todo este discurso, todavía tiene en su mano derecha la pata como un palo de tambor comido a medias. Sus ojos recorren la bolsa de la compra y se chupa los dedos distraídamente mientras mira por la ventana.

“¡Lekker; hey!” la otra repite, “menuda fiesta tendrán tus hijos”. “¿Le gustó al Señor George?”, pregunta.

“Oh, es un caballero. Me gritó: ‘Bien hecho, Tiena. Cuando nos casemos, tendré que robarte a tu señora’. Estaba vestido de muerte, un joven tan elegante, sabes. Ojo que la señorita Lucy también. No hay chica más preciosa en nuestra avenida ni mejor vestida tampoco. Claro que debe estar elegante para conservar a su chico. Ha estado tomando la píldora cerca de un año; no me sorprende que él no tenga ganas de casarse por la iglesia. Oh, debieras verla cuando se sonroja ante las fotos de los trajes de novia, tan pura e inocente, cree que no sé leer el paquete. ‘Dame mis píldoras para el dolor de cabeza de ese cajón, Tiena’ dice a veces cuando le llevo su taza de chocolate a la noche. Pero juega muy bien sus cartas con el patrón George. Debe hacerlo pues ¿quién comerá lo que otro hombre ha apartado de su plato?”

“Laurel y un hueso!” y, movida por la aliteración, la imagen se materializa en su mano. “Como este hueso” y lo mueve delante de la nariz de la otra, que se sobresalta. Me pregunto si con culpa, miedo o un atroz deseo de más pollo.

“Este hueso roído”, repite sombríamente, “sólo un perro lo quería”.

Su amiga se recobra y hace como que no comprende, “O como la sopa de frijoles de hoy, pero nosotras las mujeres debemos saber que la comida guardada hasta el día siguiente siempre tiene un mejor sabor. Los hombres no saben esto, ¿oyes? Debieran ponerse a cocinar y descubrirían un par de cosas”.

Pero la otra cocinera no se desanima. “Un hueso”, insiste, usando su ayuda visual, “un hueso”.

Es cierto que su hueso es de un gris mate que no revela ningún rastro de la comida o grasa que hasta hace sólo un minuto se adhería a él. Sin dudas, el hueso del patrón George no se vería así cuando lo hiciera a un lado. Con su tenedor, sacaría las fibras que están listas para desprenderse. Luego daría vuelta todo el hueso, con destreza, usando un cuchillo y frunciría el ceño ante la carne llena de nervios y adherida a la articulación, antes de apartarlo y ponerlo a un costado junto a los pedazos de piel descartados.

Este hueso, es verdad, no tentaría a nadie. Un perro podría querer enterrarlo sólo para un juego tonto al escondite.

La mujer ancha balancea el hueso como si éste fuera a estallar en profecías. Mis ojos siguen el movimiento hasta que el hueso se pone borroso y emerge como la Cruz donde la cabeza de Jesús se inclina con gesto triste, sus preciosos pies ungidos por tristes manos, doblados juntos bajo el clavo hundido. Mira, dice mamá, mira esos ojos que se derriten de pasión y dolor, el cuerpo curvado de sufrimiento por nuestros pecados y juntas lloramos por la belleza y la tristeza de Jesús con su taparrabos blanco. Los soldados romanos se paran sombríamente erguidos con sus túnicas, sus lanzas brillan bajo la luz, sus oscuras barbas están recortadas y se les tuercen los labios. A mediodía, Judas vuelve la cara al sol que se apaga y grita, aúlla como un perro por su recompensa mientras la oscuridad crece a su alrededor y lo traga entero con el dinero que suena todavía en los pliegues de sus ropas amarillo azafrán. En un monedero secreto de piel, un bolsillo desprovisto de adornos.

Los edificios en este lado del camino se hacen más altos pero, oh, no sé dónde estoy y pienso en preguntarle a la mujer, la delgada, cuando miro hacia arriba, los ojos de la seria ya descansan sobre mí mientras el hueso en su mano apunta distraídamente al anuncio justo arriba de mi cabeza. Mis manos, todavía meciendo mi estómago, se deslizan con culpa por debajo de mis muslos y caen sobre mis rodillas. Pero el feto me traiciona con otro revoloteo, un suspiro. He oído de libros caerse del regazo de dulces futuras madres mientras sus fetos dan coces. No me dejaré intimidar. Me pongo de pie de un salto y toco el timbre.

Se escuchan voces detrás mío. La mujer grande dice con voz estruendosa "Oi, digo", hacia el lado del supervisor que pide contrariado "Boletos, por favor". No hablaré con nadie. ¿Me tiraré en el suelo lleno de estrías de este autobús y con las rodillas hacia arriba, las manos por



encima de mi cabeza, aguardaré mi muerte? No espero, de todos modos, estar viva mañana. Pero debo resistir; debo endurecer el corazón ante los tristes y quejosos ojos de Jesús.

“Digo yo, señorita”, grita ella y su tono me suena familiar. Su voz urge como la insistencia de las órdenes guturales de papá. Pero la mano del supervisor cae sobre mi hombro, el barril de su dispensador de boletos se clava en mis costillas, los botones de su uniforme brillan cuando hurgo en mi bolso buscando mi monedero. Entonces la mujer robusta se levanta de su asiento y se inclina hacia adelante. Su amiga, reconciliada, sostiene la barra de un pasamanos y se inclina hacia adelante para gritar. “Aquí, digo yo, su monedero”. Trato de parecer agradecida. Sus ojos brillan con desprecio cuando declama en voz alta para que la escuche todo el autobús. “Estúpidos jóvenes. Vestidos de infarto, quizá, pero aun así tan estúpidos”.

Tiene razón. No respecto de mis ropas y, por supuesto, miro lo que llevo puesto. No he sido alertada de mi propia estupidez antes. Seguramente aprobaré sin problema mis exámenes generales a fin de año y todavía no sabré cómo me atreví a arrancar un feto aleteando de mi vientre. Eso si sobrevivo esta noche.

Me siento en las escaleras de este gran edificio y miro furtivamente la fachada de mármol. Mis codos descansan en mis rodillas abiertas y extendidas cómodamente. Debería saber dónde estoy; es evidente que se trata de un edificio público de alguna importancia. Por primera vez, añoro la sabana de mi infancia. Allí la arena roja se extiende por millas y si te paras sobre el *koppie*<sup>5</sup> detrás de la casa, las señales brillan su permanencia: el río apunta hacia abajo, orienta su curso seco de norte a sur; los *geelbos*<sup>6</sup> se agrupan en sus orillas formando filas casi rectas. A ambos lados del sendero que serpentea hacia el oeste, las nalguitas rollizas de cactus se agachan como si estuvieran levantándose la falda para orinar, y los dedos hinchados de los *vygies*<sup>7</sup> estallan en racimos fuera de la piedra, enseñando el camino. En la sabana, siempre puedes encontrar el camino a casa.

---

<sup>5</sup> Montaña rocosa de laderas empinadas.

<sup>6</sup> Arbusto grande.

<sup>7</sup> Higos silvestres.

Estoy ansiosa por encontrarme con Michael. Hemos planeado esto con tanto cuidado para la hora punta, momento en que la gente nerviosa se atropella para llegar a casa y no se percatará de que estamos juntos en medio de la aglomeración.

“Es simple”, dijo Michael. “El autobús va por las calles principales de los suburbios de la Ciudad y cuando llegues a la oficina de Correos, te bajas y te esperaré allí. A las cinco”.

Una mirada a mi cara ansiosa lo obligó a decir: “No puedes perderte en Ciudad del Cabo. Allí, apuntó hacia su hombro, está la Table Mountain y allí está el Devil’s Peak y allí está el Lion’s Head, así que ¿cómo, por el amor de Dios, podrías perderte?”. Disparó las palabras inesperadamente, como el magnífico arco de saliva marrón de entre los dientes de un viejo que no saborea ya el tabaco chupado durante todo el día. Hay cosas, supongo, que aun el ser amado no puede pasar por alto.

¿Soy amada?

Debería levantarme de estas escaleras y caminar hacia la City.

Afortunadamente, siempre tomo la precaución de salir temprano de manera que, en principio, estaré todavía a tiempo de encontrarme con Michael que me llevará por el Waal Drive en las laderas de la Table Mountain donde la señora Coetzee espera con sus tenazas.

¿Soy amada? No. Soy aburrida, fea y tengo mal carácter. Mi pelo se ha vuelto graso, soy olvidadiza y no tengo sentido de la orientación. Hace mucho que Michael ha dejado de amarme. Me observó cuando yo abrazaba el lavabo, esforzándome por vomitar, y retrocedió ante mi primera muestra de mal carácter. Tiene una mirada distante en los ojos cuando planea su retirada. Pero es bien educado, decente. Cuando las primeras dudas se apoderaron de las comisuras de su boca, sonrió como un loco y dijo: “Debemos casarnos”, y mostró una hilera de dientes perfectos.

“Hay leyes contra eso”, dije innecesariamente.

Pero transportado por el idílico paisaje inglés de verdes pintados, miró mi cabeza erguida, mis faldas crujiendo en un campo de manzanilla y el sauce inclinándose sobre la boca roja de un niño que mama.

“Vamos”, urgió. “No lo hagas. Iremos a Inglaterra y nos casaremos. Todo irá muy bien” y, traicionando el origen de su visión, “seremos felices para siempre, a miles de millas de todo este caos”.

Yo lo habría explicado si hubiera podido. Pero no podía explicar esa visión; la lenta lluvia de cenizas sobre yardas de tul diáfano, las alas de las polillas dobladas con deleite mientras sus lenguas mueven una

espuma como cintas blancas. Durante dos años he amado a Michael, he querido casarme con él. Engañada por ese sueño, me limito a sacudir la cabeza.

“Pero a ti te gustan los niños, quieres tener niños en algún momento así que ¿por qué no aceptar el plan divino de Dios? De todos modos, eres cristiana y crees que es un pecado, ¿no?”

Dios no sabe escuchar. Como papá, espera obediencia y se retira de mal humor si no se cumplen sus exigencias. Cuando le explico mi punto de vista, se enfurece de tal manera que se estremece con una cólera silenciosa. Por una vez, no ruego ni capitulo. Encuentro bastante fácil ignorar a estos hombres.

“Ni siquiera estás escuchándome”, me acusa Michael. “No sé cómo puedes hacerlo”. Hay repulsa en su voz.

Durante dos cortos años he adorado a Michael.

Una vez, inclinados peligrosamente sobre las rocas, nos reíamos con ganas pensando en un hijo. En Cape Point, donde se juntan y separan los océanos. El Índico y el Atlántico, peleando por sus identidades separadas, rugían y se azotaban con furia así que nos acurrucamos, con su mano en mi vientre. Se dice que si cierras un ojo y observas con el otro cuidadosamente, la línea que separa a ambos océanos puede levantarse como un borracho pero siempre permanece clara y tan fina como un cabello. Pero no miré. En el viento traicionero, yo luchaba con las agitadas puntas de una bufanda que trataba de poner alrededor de mi pelo. Más tarde, sobre las arenas plateadas de una playa desierta, escribió solemnemente: ¿Te casarías conmigo? y mis dedos trémulos dibujaron un enorme corazón alrededor de las palabras. Más allá, el sol bailaba sobre las olas, salpicándolas de oro.

Escribí un poema sobre ese día y se lo mostré a Michael. “Sin duda que no tiene que ver con *Logiesbaai*”, él frunció el ceño y leyó en voz alta las líneas sobre guerreros saliendo del mar a la carga, *assegais*<sup>8</sup> brillando en el sol, el batir de tam-tams cabalgando las aguas, el estremecimiento en las cavidades como caries de las rocas.

“Es bueno”, dijo asintiendo pensativo, “me gusta el título, ‘Amor en Logiesbaai (Sólo blancos)’ a pesar de que creo que gran parte de la

sutileza se me escapa. Suena bien”, me dijo dándome ánimos, “deberías escribir más a menudo”.

Me ruboricé. Escribí poemas todo el tiempo. Y él estaba equivocado; no era un buen poema. Era enigmático y me pregunté por qué le había mostrado este poema que no tenía sentido ni siquiera para mí. Lo rompí en pequeños pedazos.

Amor, amor, amor, amor, suspiro y sacudo un tobillo después de otro y examino la hinchazón. El pelo de Michael cae de forma infantil sobre sus ojos. Sus ojos se achican con alegría cuando sonrío y la comisura izquierda de su boca se dispara hacia arriba de manera que la fila de dientes forman una singular línea diagonal por encima de su mentón. Sacude la cabeza para que el flequillo se le aparte de los ojos por un segundo, luego cae, rápido como la lengua de un lagarto que se vuelve hacia adentro en el mismo instante en que aparece.

“Encontraremos algún lugar”, diría, “un lugar donde podamos estar solos”. Este país es enorme y él tiene un instintivo sentido de la orientación. Descubre las profundidades de valles que nos invitan a sus sombras. Escaladas peligrosas acompañadas por el rugir del mar nos llevan a bahías azules donde caemos desde acantilados imposibles. El sol desciende hacia nosotros. No tememos a la policía con sus linternas. Vienen sólo de noche en búsqueda de delincuentes. Nosotros poseemos la inmunidad del amor. No pueden encontrarlos porque no sabemos que existimos. Un día descubrirán a los amantes que roban días enteros, redondos como globos.

Siempre ha habido un terrible estremecimiento en ese pensamiento.

Libero mis pies dentro de mis zapatos y las lágrimas caen sobre mi vestido con tal ansioso abandono que no puedo creer que sean mías. Desde los globos pinchados de días robados, estos fragmentos se aflojan y entrecierran los ojos. Yo mantengo, mantengo estas imágenes que he convocado. No las reconoceré por mucho tiempo más.

Observo, con la cabeza ladeada, los zapatos y piernas, como cortadas con sierra, que suben y bajan las escaleras de mármol, desviándose de su camino para esquivarme. Quizá alguien pida a la policía que me saque de allí.

Amor, amor, amor, suspiro. Otro aleteo en mi vientre. Pienso en las alas de las polillas luchando contra el cristal de la ventana y me levanto.

El olor del mar se despliega hacia mí a medida que me acerco a Adderley Street. No hay viento pero el salitre marino cuelga en una

niebla atomizada, plata sobre el sol desbaratado. En respuesta a mi hambre, Wellingtons se asoma a mi izquierda. El palacio de los frutos secos que no puedo resistir. La luz artificial seca mis lágrimas, me hace parpadear y las bandejas de fruta, atrapadas por dos veces por la luz del sol del Cabo, brillan y amenazan con explotar y salirse de sus formas. Las hileras de piña son las divisiones infinitas del sol, los corazones perdidos en los discos de ámbar de *mebos*<sup>9</sup> dispuestos en arcos. Las ciruelas son las espaldas arrugadas de viejos *goggas*<sup>10</sup> junto a los ojos sangrantes de las cerezas. Higos verde oscuro se sientan descaradamente sobre sus traseros mirando hacia las bandejas. Y yo tampoco soy yo misma, esperando un refugio en una metáfora que lo contenga todo. Compró los higos y los *mebos*. El deseo es una lombriz solitaria de Tsafendas en mi vientre que no puede satisfacerse y al poner el primer higo en mi boca, siento el peligro convertido en fuente con los chorros de saliva. ¿Me detendré en una muerte?

He caminado demasiado lejos por este camino y debo volver al edificio de Correos. Comienzo a trotar cuando veo a Michael a lo lejos, tamborileando en un costado del coche con sus uñas. Su codo quemado por el sol sobresale fuera de la ventanilla. Golpetea con ansiedad o impaciencia y me enfrió de miedo cuando subo al asiento del pasajero y digo alegremente, "Vamos", como si estuviéramos yendo a un picnic.

Michael esperará en el coche de la próxima calle. Había dicho que todo llevaría sólo diez minutos. Toma mi mano, impidiéndome bajar. Quizá piensa que me escaparé, me fugaré hacia la montaña, volveré a lo salvaje. Su mano es pesada en mi antebrazo y sus ojos son los de un perro herido, pálido de dolor.

"Todo irá bien", trato de consolarlo y me pregunto si escucha su propia voz en la mía. Mi voz es fina, un hilo de plata que se proyecta fuera de mi boca y revolotea fuera de la ventana.

"Debo irme". Levanto la mano fuerte de mi antebrazo y cae inerte encima de la palanca de cambios.

La habitación es oscura. Las cortinas están corridas y una luz eléctrica velada con encaje proyecta sombras en las esquinas del rectángulo. La entrada en la que me detengo divide la habitación en habitáculos

<sup>9</sup> Pequeños insectos.

<sup>10</sup> Chabacanos secos y azucarados.

para dormir y para comer. A la izquierda, hay una mesa contra la que una sirvienta se inclina, con los ojos fijos en el muro vacío de enfrente. A la derecha, una mujer blanca de mediana edad se levanta con sonrisa de anfitriona de un diván que sirve de sofá y palmea el único cojín, con flores rosas para dar impresión de intimidad. Hay un armario estrecho y oscuro en la esquina.

Digo vacilante, "Usted me está esperando. Hablé con usted por teléfono ayer, Sally Smit". No puedo ver ningún teléfono en la habitación. Ella frunce el ceño.

"¿Usted no es mestiza, no?". Es una pregunta absurda. Miro mis brazos oscuros que he mantenido doblados a través de mi pecho y veo brotar la piel de gallina. Sus ojos están fijos en mí. ¿Está ciega? ¿Cómo realizará una operación con una vista tan defectuosa? Luego me doy cuenta: la voz educada, el acento la ha engañado. He bebido muchísimo de Michael, tragado su voz como bebí de su lengua. ¿Ha tragado él la mía? No lo creo.

Digo "no" y espero que todos los gallos de Ciudad del Cabo canten al unísono. En cambio, la sirvienta sale abruptamente de su trance y me mira fijamente con admiración poco disimulada.

"Bien", la mujer sonrío mostrando dientes amarillos. "Una debe verificar todo en estos días. Estas chicas mestizas, sabe, son tías muy directas, terribles. ¿Quién creen que soy?, como si yo fuera a hacer cualquier cosa. No, ¿sabe? éste es un tema serio y trato de ayudar a mujeres decentes, educadas, ¿sabe? No, puede confiar en mí. Ninguna chica mestiza se ha acostado en este sofá".

La chica tose, me guiña un ojo y se vuelve para remover una olla que hierve sobre un hornillo de camping, ubicado sobre la mesa. El olor de entrañas se escapa de la olla y las náuseas se elevan en mi garganta, alimentando el miedo. Me gustaría correr pero mis pies están atados al suelo con temor. Sólo se mueven mis ojos, a través de la habitación donde ella saca un periódico de un taco acuñado entre la pared y el armario. Extiende el papel sobre el diván y lo alisa con la mano mientras que la chica cierra la puerta y le pone llave. Un gato se desliza desde debajo de la mesa y me mira fijamente hasta que las joyas verdes de sus ojos se encogen convirtiéndose en puntos de cristal.

Ella me enseña el sofá. Saca su instrumento de detrás del armario y lo sostiene contra su falda de color rosa bebé.

"Abajo, cierra los ojos ahora", dice cuando levanto mi cabeza para mirar. Sus movimientos están cuidadosamente orquestados, las manio-

bras ya practicadas. Sus ojos dan señales y se mueven. La chica se instala al lado de mi cabeza y su patrona se ubica cerca de mis pies. Separa mis rodillas y extrae su instrumento de un bolsillo. Un pedazo de tubo de plástico se bambolea por un segundo. Mis rodillas dan una sacudida y mi boca se abre de par en par pero ellas mandan. Una mano oscura cae sobre mi boca y me sofoca el grito; las manos blancas apartan violentamente mis rodillas y dice con voz sibilante, "Ni te atrevas. ¿Quieres a la puta policía aquí? Te mataré si chillas".

La mano marrón sobre mi boca se relaja. Me mira a la cara y dice, "No lo hará". Soy una niña que necesita seguridad. Me sorprendo por la suavidad de su voz. La mano oscura se desliza por el costado de mi cara y me aparta el pelo hacia atrás. Ansío sostener la otra mano; no me importa lo que pasa abajo. Una negra línea de terror la separa de mi torso. Me brota sangre de entre las piernas y, por un segundo, las dos mitades de mi cuerpo contactan a través del dolor.

Ya está hecho. Desflorada por manos amarillas sosteniendo un catéter. Miedo e hipocresía, míos, mis desiertos se desparraman en una mancha oscura sobre el periódico.

"Ok", dice ella, "póngase decente". Me visto y espero que me explique. "Ahora vaya a casa y espere el nacimiento. ¿Tiene una compresa?"

Sacudo la cabeza sin comprender. Su cara se endurece por un momento pero luego sonrío y saca una compresa del armario.

"No te costará nada, cariñito". No intenta ocultar su radiante generosidad. Ella extiende la mano y yo le pongo el monedero en la palma. Cuenta satisfecha pero yo rechazo el monedero que, sin entusiasmo, pone sobre la mesa.

"Eres una buena chica", dice y pone ambas manos sobre mis hombros. Retengo el aliento; no quiero aspirar el aire fétido de su boca, mi novio grotesco de dientes amarillos. Me planta el beso de complicidad en la mejilla y me doy vuelta para irme, asqueada de su contacto. Pero, ¿tengo derecho a ser remilgada? No puedo negar que me siento agradecida así que, después de todo, me vuelvo a reclamar el monedero. La chica me guiña un ojo. El monedero cabe perfectamente en mi mano; no tiene sentido devolvérselo a Michael.

La cara de Michael está descompuesta de miedo. Él es tan ignorante del proceso como yo misma. Soy enérgica, eficiente y cuento rápidamente el plan. "Ocurrirá esta noche así que iré a casa y esperaré y te llamaré por la mañana. Para entonces, todo habrá terminado". Parece aliviado.

Me deja justo en la puerta y la dueña de la pensión saluda con alegría desde el *stoep*<sup>11</sup> donde se sienta con su puntilla entre los maceteros de helechos.

“No mires”, dice nerviosa. “Es un regalo para ti, para tu ajuar”, y sonriendo maliciosamente, “sé bien cuando una pareja no puede esperar más. No me engañas, sabes”.

Esta noche en su habitación cercana a la mía, ella dará vueltas en su cama casta, rastreando los zarcillos de flores rosas y anaranjadas, buscando la aguja perdida en infinitos pliegues de sábanas blancas.

Casas adosadas con *stoeps* rojos pulidos se alinean en el lado oeste de Trevelyan Road. En el este, está la línea de Cape Flats donde trenes eléctricos traquetean puntuales, obedeciendo los horarios. Trevelyan Road se extiende en el codo de un Main Road profundamente curvo que, sin embargo, tiene todas las comodidades que uno podría esperar: carnicero, panadero, peluquero, farmacéutico, biblioteca, tienda de vinos. Hay una tienda de pescado y patatas fritas en esa esquina y al costado, exactamente en Trevelyan Road, un contenedor se apoya contra el tronco de una palmera joven. Un paquete con papel de periódico que se deje abandonado en este contenedor absorberá en muy poco tiempo el olor avinagrado de envolturas viejas de pescado y patatas.

El paquete envuelto se ubica en el contenedor. No sé qué ha pasado con Dios. Es quisquilloso. Huyó en el momento en que yo alisaba el pelo negro y húmedo antes de envolverlo. No creo que vuelva. Son las 6 a.m. La luz despunta en el sudario de Table Mountain. Las calles están desiertas y, aliviada, recuerdo que el próximo tren pasará exactamente a las 6:22.

*Traducción: Luis María Mora y Verónica Pereyra\**

---

<sup>11</sup> Patio.

\* Reproducido, con su permiso, del libro *Las voces del arco iris. Textos femeninos y feministas al sur del Sahara*, compilado y traducido por Luis María Mora y Verónica Pereyra, México, 2002.